Comentarios de la Lección

IV Trimestre de 2011
El evangelio en Gálatas

Lección 5
29 de Octubre de 2011

La fe, en el Antiguo Testamento

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado de un madero)"* (Gálatas 3:13).

Introducción

Analicemos el versículo principal, que es muy provechoso. ¿Qué significa la expresión "maldición de la ley"? Hay varias leyes, como ya hemos estudiado, pero la Ley por excelencia es la del amor. Los mandamientos del amor son los que componen la Ley que conocemos como los Diez Mandamientos. Sólo esa Ley corresponde fielmente al carácter de Dios, que es Amor. Todas las demás leyes dependen de los Diez Mandamientos. Todas dependen del carácter de Dios, El Universo entero está vinculado a esa Ley.

Pues bien, si entendemos literalmente el versículo citado, Cristo nos ha rescatado de la maldición de la Ley de Dios, un conjunto de leyes aquí en la tierra, cuya esencia se centra en los Diez Mandamientos. Y Él se hizo maldición por nosotros, en nuestro lugar.

¿Habías pensado en esa relación? ¿En que esos mandamientos nos han convertido en maldición?

Confieso que esto es algo nuevo para mi experiencia espiritual. Pero es la realidad. Ese es el punto profundo del pecado. ¡Cuán profundo es el nivel al que llega! ¡Qué desgracia! Aquello que era excelente, el amor, está fuera de nuestro alcance. A tal punto que nada podemos hacer para alguna clase de retorno, como bien estudiamos la semana pasada.

¿Qué fue lo que pasó? El Amor liga, une, genera lazos afectivos, hace la vida bella y feliz, y posibilita la eternidad. Pero el pecado es la llave de la desconexión del amor. Estar separado del amor es lo mismo que estar separado de Dios; y estar separados de Dios – que es la Fuente de vida– es lo mismo que estar condenado a muerte. Por lo tanto, en rigor de verdad, el problema no está en el amor, y sí con quien se separó de él, por haber pecado.

Quien peca se vuelve maldito, no porque el Amor lo maldijo, sino porque él tomó la decisión de separarse del amor. Es eso lo que viene a nuestra mente cuando leemos aquella

famosa frase pronunciada preventivamente por Dios a Adán y Eva: "El día que de él comieres, ciertamente morirás".

La Ley del amor, los Diez Mandamientos, es tan maravillosa. Sólo basta ver lo que aconteció apenas apareció el pecado. En ese mismo día, el Señor Jesucristo, llegó para mostrar a través de la muerte del cordero que Él mismo vendría a morir por la humanidad. El Autor de la Ley, Él mismo, vino para convertirse en la maldición de la Ley.

¿Cómo podemos entender esto? ¿Cómo el propio Autor de la Ley pudo proceder de esa manera? Porque esa es la Ley del amor. Como el Autor ama, y como la Ley debía cumplirse, ¿cuál podría ser el modo por el cual aquella pareja y sus descendientes fueran perdonados? La manera sería el Amor mostrándose como realmente Amor. El universo vería plenamente cómo es esa Ley. Todos podría ver qué Dios era Aquél.

Se comprobó que en aquél reino estaba vigente una Ley buena, en el que todos se aman. Se comprueba que en ese reino no existe la impunidad, que la Ley vale, que es obedecida, partiendo del propio Rey, y Él mismo es tan obediente a esa Ley, que Él mismo es la Ley, su originador. Se comprueba que la desobediencia a esa Ley provoca una desconexión de ella, que es quien garantiza la vida, pues eso es lo que hace el amor. Pero lo más importante es que se probó que por esa Ley, el pecador tiene una segunda oportunidad. El Autor de la Ley, el propio Amor, se hizo maldición (esto es, que debió sufrir la condenación) en lugar del pecador.

Por el amor de Dios, ¡qué Ley! ¡Qué maravilla de gobierno es ese! Quiero estar allí, ya mismo, junto a mi familia. Y también con todos aquellos que leen estos humildes y simples comentarios. Si en el contexto de pecado en el cual nos encontramos ya es maravilloso meditar sobre esto, ¡cuán superior deberá ser vivir en plenitud de acuerdo con esa Ley! No podemos siquiera imaginarlo, según 1 Corintios 2:9. Sólo estando allá sabremos cuán bueno será sentir el Amor de Dios en total intensidad.

Los gálatas insensatos

Resumiendo y simplificando el estudio de esta sección (Gálatas 3:1-5), podemos decir que los gálatas habían recibido la verdad sobre la salvación por la predicación de la fe. Habían entendido la necesidad de la muerte de Jesús en la cruz para salvarlos. Habían aceptado también que la salvación es por la fe, no por las obras. Habían comprendido esto. Eran maestros en estos temas y podían vivir basados en esas verdades.

¿Qué pasó entonces? Retrocedieron. Pasaron a creer en la salvación por las obras. Y se volvieron simpatizantes de otros predicadores que traían ante ellos a las tradiciones que ni siquiera Jesús había aceptado. Y se volvieron fanáticos de esas otras doctrinas equivocadas.

¡Cuán fácil es engañar a las personas! La experiencia demuestra que es difícil aceptar la verdad, pero una vez aceptada una mentira, muy pronto y rápidamente aparecen muchos adeptos. Eso entusiasma a los falsos predicadores, pues saben que tendrán muchos seguidores. Y lo más curioso e intrigante es que también es fácil engañar incluso a personas que han obtenido un buen conocimiento de la verdad. Como puede verso, incluso en nuestros días, hay personas con bastante estudio, que dominan el vasto conocimiento de la verdad, y que tienen experiencia en enseñar la verdad, cambiarse de la-

do, salir de la iglesia e incluso combatirla. Crean movimientos que se suponen superiores a la iglesia verdadera, y se vuelven en contra de ella condenándola.

No debemos ser ingenuos tampoco, hay también personas de mal testimonio dentro de la iglesia, ¡y cuántas! Pero el Señor de la Iglesia, que es Jesucristo, es perfecto. Es Él a quien debemos mirar, sin dejar –no obstante– de amonestar las malas conductas. Es tan perjudicial para la obra de Cristo el mal testimonio dentro de la iglesia como la generación de disidencia que la combate.

De los gálatas tenemos que aprender que luego de haber comprendido las doctrinas de la iglesia, debemos apegarnos a Cristo con humildad, y ser celosos de no caer en la aceptación de herejías y falsedades, que rondan fuera de la iglesia, y adherirnos a ellas como si fueran una verdad superior. A eso Pablo lo llamó insensatez, o –en una traducción más fiel– torpeza o estupidez.

Fundados en las Escrituras

"Dios nos ha dado su Palabra para que sea nuestra guía. Cristo dijo: 'Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí' (Juan 5:39). El oró por sus discípulos: 'Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad' (Juan 17:17). Pablo dice: 'Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret' (Hechos 26:9). Pero esta creencia no hizo que ese proceder fuera correcto. Cuando Pablo recibió el Evangelio de Jesucristo, ese Evangelio lo convirtió en una nueva criatura. Fue transformado; la verdad plantada en su alma le dio tal fe y coraje como seguidor de Cristo que ninguna oposición pudo moverlo, ningún sufrimiento acobardarlo" [Elena G. de White, *Fe y obras*, pp. 32, 33].

Pablo poseía una fuerte motivación para apegarse a las Escrituras: ya había cometido un grave error antes, al intentar eliminar a los seguidores de Jesús pensando que estaba realizando una noble obra en su militancia, pero contra la verdad. Cuando eso le fue mostrado, desde ese momento en adelante, Pablo se volvió celoso de las Escrituras, pero ahora desde un punto de vista correcto. Y tan celoso, que estudió profundamente, llegando a descubrir verdades que otros no percibieron claramente. Se volvió un erudito del texto bíblico, y lo que enseñaba lo hacía basado en el texto bíblico. Esto puede notarse en sus escritos. Frecuentemente citó referencias del Antiguo Testamento (en su tiempo recién se estaba conformando el Nuevo Testamento, el propio Pablo fue el escritor de algunos de esos libros, pero aún así sus escritos en ese tiempo todavía no eran considerados con el mismo valor o importancia que el Antiguo Testamento).

Por ejemplo, en Gálatas 3:16-19 Pablo argumenta que Abrahán recibió la promesa de una nueva tierra. Y 430 años después, llegó la Ley escrita en tablas de piedra. Aquí él hace referencia tanto a la ley ceremonial como a los Diez Mandamientos. Ni unos ni la otra existían antes en la forma en que fueron dados en el Sinaí. Ya existía, por ejemplo, el mandamiento del sábado, y todos los demás, pues eran obedecidos, pero no estaban compilados en un único documento, las dos tablas de piedra. Y así también ocurría con las ceremonias rituales: se seguían fielmente, se sacrificaron animales desde que Adán y Eva cayeron, pero no con tantos detalles o en un santuario.

Entonces Pablo explicó que esa promesa dada a Abrahán, también había sido dada "a su descendiente". De tan estudioso que Pablo era, había notado con la ayuda del Espíri-

tu Santo que eso no hacía referencia estrictamente a los hijos y nietos de Abrahán, sino que a uno sólo: Jesucristo. Entonces explica, de manera admirable, que la Ley –que había sido detallada y organizada 430 años después de aquella primera promesa hecha a Abrahán mucho antes de las tablas del Sinaí– no puede deshacer la promesa. La importante herencia prometida por Dios, la Tierra Nueva (ver Hebreos 11:8-10; 10:12; 13:16) era, en verdad, dada a aquél Descendiente, Jesús, que la merecería por haber sido obediente. Y se convertiría en Salvador, quien nos daría lo que había sido prometido por Dios por haber sido obediente. La promesa hecho por Dios jamás sería anulada o modificada por ley alguna, sea ceremonial o las tablas de los Diez Mandamientos. Pablo explicó que lo debemos entender bien el significado de la Ley. Nos fueron concedidas (la ley ceremonial y los Diez Mandamientos) en razón del pecado. Los Diez Mandamientos son la norma de vida que los verdaderos hijos de Dios deben procurar seguir. Y la ley ceremonial fue útil cuando los hijos de Dios dejan de seguir la norma, pero quieren ser perdonados y volver a obedecer. Por lo que una ley complementa a la otra. La Ley existe en coherencia con la promesa de Dios, no en sentido contrario. Y en síntesis (Gálatas 2:22), Pablo dice que la Escritura puso al ser humano bajo la condición de pecadores, para que mediante la fe de Jesucristo, pudiéramos recibir nosotros la promesa de herencia dada a Él, el Salvador.

Contado como justo

“Abrahán creyó a Dios. ¿Cómo sabemos que creyó? Sus obras testificaron del carácter de su fe, y su fe le fue contada por justicia” [Elena G. de White, *Signs of the Times*, 19 de mayo, 1898; citado en *Reflejemos a Jesús*, p. 72]. Aquí tenemos una explicación sencilla y directa de la relación existente entre la fe y las obras.

Abrahán creyó, pues actuó, obedeció la orden de Dios. Es decir que cuando Dios le dijo que saliera de la tierra de su parentela, salió. Cuando Dios le dijo que se circuncidara, él obedeció. Cuando Dios le pidió que sacrificara a su hijo, fue. Cuando Dios le prometió una tierra, él esperó, aunque sólo siglos después sus descendientes la recibieran.

Abrahán fue perdonado de sus pecados. El vaciló en algunos momentos, dudó que Dios lo protegiera cuando estaban en Egipto, y armaron la tramoya de que Sara era su hermana. Esto era, en parte, verdad, porque Sara era media hermana, pero también su esposa. En otra ocasión en la que Abrahán falló fue en la espera de un hijo. Todos esos errores, y otros más, fueron perdonados porque él creyó en las promesas de Dios y, por creer, estaba dispuesto a obedecer. Y el perdón le fue concedido no porque Abrahán obedeciera, sino porque creyó.

Es interesante notar que antes de la obediencia viene la fe. Notemos que Abrahán obedecía porque creía. Salió de la tierra de su parentela, una dura prueba, porque creyó que Dios estaría con él y le indicaría la tierra a la cual debía dirigirse. La obediencia pasó a depender de su fe, o –mejor aún– de la fidelidad de quien hizo que la promesa se cumpliera. Por el hecho de que Abrahán creyó, Dios le perdonó sus faltas.

“Se necesita no sólo fe sino confianza en Dios. Esta es la verdadera fe de Abrahán, una fe que produjo frutos. ‘Abrahán creyó a Dios, y le fue contado por justicia’ (Santiago 2:23). Dios le dijo que ofreciera a su hijo en sacrificio, y ésa fue la misma voz que le habló para decirle que saliera de su tierra y fuera al lugar que Dios le mostraría. Abrahán fue salvado por la fe en Cristo tan ciertamente como el pecador se salva hoy por la fe en Cristo”.

“La fe que justifica siempre produce: primero arrepentimiento verdadero y luego buenas obras, que son el fruto de esa fe. No hay fe salvadora que no produzca buenos frutos. Dios dio a Cristo a nuestro mundo para que llegara a ser el Sustituto del pecador. Cuando el pecador ejerce verdadera fe en el costoso sacrificio expiatorio, reclamando a Cristo como el Salvador personal, inmediatamente es justificado delante de Dios, porque está perdonado” [Elena G. de White, *Mensajes selectos*, tomo 3, pp. 221, 222].

El evangelio en el Antiguo Testamento

Todo evangelio al mundo está calcado de las promesas de Dios a Abrahán, en una oración muy breve: “En ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3; Gálatas 3:8), por eso es que Dios le dijo “serás una bendición” (Génesis 12:2). Pablo citó esa promesa. Y nosotros estamos siendo bendecidos por ella, porque Abrahán creyó. Dios le prometió al patriarca una tierra, que tendría un hijo, que sería el padre de una nación y que sería una bendición para todo el mundo. Si la promesa fue ser una bendición para todo el mundo, entonces abarcaba a otras familias, además de la de Abrahán. Y de sus descendientes vendría el Salvador de la humanidad. Y Abrahán creyó todo eso.

"’A Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente’ (Gálatas 3:16.) Abrahán mismo debía participar de 167 la herencia. Puede parecer que el cumplimiento de la promesa de Dios tarda mucho; pues ‘un día delante del Señor es como mil años y mil años como un día’ puede parecer que se demora, pero al tiempo determinado ‘sin duda vendrá; no tardará’ (2 Pedro 3:8; Habacuc 2:3)”

“La dádiva prometida a Abrahán y a su simiente incluía no sólo la tierra de Canaán, sino toda la tierra. Así dice el apóstol: ‘No por la ley fue dada la promesa a Abraham o a su simiente, que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe’ (Romanos 4:13). Y la Sagrada Escritura enseña expresamente que las promesas hechas a Abrahán han de ser cumplidas mediante Cristo. Todos los que pertenecen a Cristo, ‘ciertamente la simiente de Abrahán’ son, ‘y conforme a la promesa los herederos’, herederos de la ‘herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, ni marchitarse’, herederos de la tierra libre de la maldición del pecado. Porque ‘el reino, y el señorío, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo’, será ‘dado al pueblo de los santos del Altísimo’ y ‘los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz’ (Gálatas 3:29; 1 Pedro 1.4; Daniel 7:27; Salmo 37:11)” [Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, pp. 166, 167].

“La prueba de Abrahán fue la más rigurosa que pudiera haberle sobrevenido a un ser humano. Si hubiese fracasado en ella, nunca hubiera pasado a la posteridad como el padre de los fieles” [“Comentarios de Elena de White”, *Comentario bíblico adventista*, tomo 1. p. 1108]. “Abrahán obedeció sin una queja ni un reproche. Su confianza en Dios fue implícita” [*Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 503]. “’Por la fe Abrahán, cuando fue probado., ofreció a Isaac, y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia’ (Hebreos 11:17, 18)”.

“En la ofrenda de Isaac, Dios tuvo el propósito de prefigurar el sacrificio de su Hijo. Isaac era una figura del Hijo de Dios que fue ofrecido como sacrificio por los pecados del mundo. Dios deseaba impresionar en Abrahán el Evangelio de salvación para los hombres... Había de entender en su propio caso cuán grande era la abnegación del Dios infinito al dar a su Hijo para rescatar al hombre de la ruina” [*A fin de conocerle*, p. 22].

“De la descendencia de Abrahán dice la Escritura: 'conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos, y creyéndolas, y saludándolas, y confesando que eran peregrinos y advenedizos sobre la tierra’. Tenemos que vivir aquí como ‘peregrinos y advenedizos’, si deseamos la patria ‘mejor, es a saber, la celestial’. Los que son hijos de Abrahán desearán la ciudad que él buscaba, ‘el artífice y hacedor de la cual es Dios’ (Hebreos 11:13, 16)” [*Patriarcas y profetas*, p. 167].

Redimidos de una maldición

Pablo escribió un pasaje fuerte: “Todos los que dependen de las obras de la Ley, están bajo maldición” (Gálatas 3:10). ¿Qué quiso decir con esto?

Lo que él estaba explicando es bastante sencillo de entender. Estaba diciendo que para no estar bajo la maldición de la Ley (esto es, la condena de la muerte eterna), se debe obedecer a la Ley todo el tiempo. En rigor de verdad, debió haber nacido sin ser pecador, o sea que sus padres no deben haber sido pecadores. Y esa persona, durante toda su vida, debió haber obedecido la Ley. Así como los seres creados no caídos, los que no están bajo la maldición de la Ley.

Lo que Pablo estaba queriendo dar a entender es que en este planeta no hay nadie que esté fuera del contexto de la maldición, a no ser Cristo, quien nació sin pecado, como fue el caso de Adán antes de pecar. Jesús fue la única persona mortal sin haber pecado jamás, para cumplir con un plan especial, el de morir por los pecadores. Él se puso en la condición de los pecadores, para asumir sus consecuencias, en nuestro lugar.

Entonces, ¿qué podemos aprender de esto? Que obedecer es muy bueno, y algo deseable. Pero la obediencia no nos libra de las consecuencias de la muerte (maldición) por los pecados cometidos. Necesitan ser pagados. Y fue para pagar esos pecados que Jesús se hizo un hombre mortal (maldito, o condenado). Cuando Jesús nación, ya era una criatura maldita. Y debemos entender esta expresión utilizada por Pablo: aquí maldito significa “condenado a muerte”. Si no hubieran matado a Jesús en la cruz, hubiera muerto de viejo. Era mortal, porque desde su nacimiento había asumido nuestra mortalidad (maldición). Por eso, cuando lo maltrataron exageradamente, falleció. La diferencia con nosotros es que Jesús nunca pecó, y es por esa razón que se dice: “Se hizo maldición”; o, en otras palabras, “se condenó a sí mismo a la muerte en nuestro lugar”.

Los judíos en aquellos días se llevaron un susto tremendo. Si esto era verdad, entonces estaban en una situación harto difícil, pues estaban confiando en algo que los convertía en malditos, que los destinaba a la muerte. La Ley, –específicamente los Diez Mandamientos–, tienen exactamente esa función: condenar a muerte a quien desobedece. Pero también tiene otra función: la de garantizar la vida de quien nunca desobedeció, lo que no es el caso de ningún ser humano, pues “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”. Estar destituido de la gloria divina es no conservar más en nosotros su naturaleza de amor, ya no ser capaz de amar, tal como Jesús amó en todos sus días, y especialmente en la cruz. Toda la ley, para tener poder, tiene que ser así: proteger a los obedientes y condenar a los desobedientes. O sería una Ley sin valor alguno.

Para no anular la Ley, Jesús vino, en estado de mortalidad, pero no en estado de pecaminosidad, y demostró ante el universo su obediencia a la Ley (ahora en referencia a todas las leyes bíblicas). A pesar de ser mortal, porque Él mismo se había hecho así –sino

no hubiera muerto nunca, aún siendo colgado en la cruz– no pecó y no puede ser condenado. La propia Ley que nos condena es la que no condena a Jesús, y es la que declara: “Jesús es Justo”. La condena a muerte de Jesús fue por nuestra causa, no por causa provocada por Él. Jesús nos ofrece su justicia, para que nosotros seamos salvos. Por lo tanto, todo aquél que sea salvo, lo será porque Jesús obedeció, nunca pecó, y para que, luego de haber sido perdonados, seamos considerados como que no hayamos cometido pecado.

Aplicación del estudio

¿Qué fue lo que provocó tamaña angustia en Jesús, a punto tal de verter sangre con el sudor? Cuando, aún en el Getsemaní, asumió todos los pecados de todas las personas humanas, tuvo que producirse una separación entre Él y el Padre. Adán y Eva se sintieron culpables por haber cometido un pecado cada uno, y por eso corrieron a esconderse. A causa de un único pecado se sintieron separados de su Creador. Y sintieron miedo. Ahora, imagínate lo que Jesús debió haber sentido al tener que soportar todos los pecados de la raza humana…

Tuvo que soportar un impacto mucho mayor que el que nosotros tenemos que soportar cuando pecamos. Y nosotros encima estamos acostumbrados, ya somos pecadores. Para expresarlo de una mejor manera, nos volvemos dependientes de muchas clases de pecados, hasta nos gustan. Pero Jesús no era pecador. Él era puro, y mantenía una comunión diaria y continua con su Padre. En aquél jueves a la noche llegó la hora en que Él debía asumir nuestras culpas como si Él las hubiera cometido. En ese estado, tuvo que producirse una separación evidente entre Él y el Padre, y por eso oró. ¡Qué lección importante tenemos aquí! Habiendo sentido una separación del Padre, no dejó de orar. Aún en la cruz, ya muriendo, habló con su Padre Celestial. Sus últimas palabras fueron dirigidas a Dios. Eso quiere decir que debemos orar, aún cuando haya pecado pesando sobre nosotros. Y es en esa condición que más urgentemente debemos buscar a Dios en oración.

No podemos siquiera imaginar la situación. Pero Jesús era todo pecado. Tenía una misión: salvar a la raza humana. En ese estado, pecador, aunque no hubiera pecado jamás, debía mantenerse fiel a Dios, o sea, obedeciendo los mandamientos. Especialmente debía amar a la criatura que le estaba causando tanto sufrimiento. Si una persona cuando vamos por la calla nos da una bofetada, nos escupe y nos pega, ¿le daríamos un regalo en ese mismo momento, sin sentir el más mínimo rencor? ¿Sería fácil hacerlo? Jesús tuvo una misión especial: morir por nosotros. Nuestra misión no es la de morir por otros, sino la de vivir por otros, ser testimonios vivientes de Cristo.

Haciéndose pecador en nuestro lugar, fatalmente tuvo que separarse del Padre. El amor no puede convivir con el pecado, son irreconciliables. Dios ama al pecador, por eso Jesús vino a morir por nosotros, pero a su vez Él mantiene una actitud de ira contra el pecado. Jesús se volvió el foco de esa ira, como si Él hubiera pecado. El Salvador sintió lo que significa estar separado de Dios, y eso provoca mucho dolor, que es indescriptible.

Al quedar separado del Padre, su temor fue que nunca más pudiera estar junto a Él. No podía ver lo que vendría después de la muerte. ¿Resucitaría? Había predicado que sí, pero su angustia mental era tanta que ya todo no tenía menor significado. Era un ser humano, no lo olvidemos. ¿Aceptaría Dios su sacrificio? Esa era su principal preocupa-

ción. ¿Vencería? ¿No habría cometido algún error? Si algo fallaba, y eso era una posibilidad (no era una escenificación simbólica), jamás podría volver con Dios. Cómo hubiera sido posible eso, no lo sabemos –a causa de su doble naturaleza– tal ya no existiera más la humanidad. Y Satanás obviamente hubiera salido vencedor. Tendría que morir, pues al fin y al cabo era un pecador, pero el Universo nunca más, por la eternidad, iba a tener la armonía que había existido en él antes de la aparición del pecado. Pensándolo con rigurosidad, la única solución tal vez habría sido la destrucción de todo el universo, quedando sólo la posibilidad de crear todo de nuevo de cero. O hacía eso, o la desconfianza en los atributos divinos permanecería para siempre en la mentalidad de todas las criaturas.

Ahora, intenta imaginar cómo hubiera sido la adoración y la alabanza en caso de que se produjera el escenario que acabo de mencionar. ¿Cómo sería la relación de amor entre las criaturas y Dios si Jesús hubiera fallado? ¡Cuántas cosas pesaban sobre Jesús!

Felizmente, Él venció, y volverá pronto como Vencedor. Y luego de eso, el mal no se levantará jamás de nuevo. Hay por lo menos dos razones para que esto sea así: el problema ya habrá sido resuelto definitivamente, o sea que habrá quedado absolutamente evidente quién ama y quién no, por lo que quedará probado que podemos confiar en Dios. El segundo motivo importante es que jamás algún ser creado querrá lanzar sobre la cruz otra vez al amado Jesús. Pero en caso hipotético de que eso pudiera acontecer, Él se ofrecería otra vez para morir. El modo en cómo Dios concretó la solución hace que sea una solución definitiva, no sólo para este caso, sino para prevenir cualquier otra contingencia posible. ¡Qué bueno!



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática